

Premio Nobel de Medicina

# Katalin Karikó

## ROMPIENDO BARRERAS

*Mi vida dedicada a la ciencia*



Katalin Karikó

# ROMPIENDO BARRERAS

*Mi vida dedicada a la ciencia*

ROMPIENDO BARRERAS – Mi vida dedicada a la ciencia

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

Título original: *Breaking Through – My Life in Science*

© Texto: Katalin Karikó, 2023

Fotografías del interior: cortesía de la autora

DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

© Editorial Planeta, S.A., 2024

© de la traducción: Begoña Merino, 2024

Diseño de cubierta: Júlia Gaspar

ISBN: 978-84-08-29197-8

Depósito legal: B. 10.174-2024

Impresión y encuadernación: Rotoprint

*Printed in Spain* – Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Te puedes poner en contacto con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## SUMARIO

Preámbulo	5
Prólogo	7
Capítulo I. La hija de un carnicero	11
Capítulo II. Un breve comentario sobre la ciencia	59
Capítulo III. Un propósito	63
Capítulo IV. Una intrusa en el sistema	109
Capítulo V. La mamá de Susan	179
Capítulo VI. Un mundo transformado	223
Epílogo	253
Agradecimientos	255

## *CAPÍTULO I*

### **LA HIJA DE UN CARNICERO**

A mis familiares les gusta contar una historia que yo no puedo recordar, del tiempo en que yo era una niña pequeña regordeta con melena rubia y lisa. Me encontraba en el patio de la casa donde crecí. Mi padre había comenzado a despiezar el cerdo de la familia y yo estaba frente a él. Este era su oficio y su vocación desde los doce años: era carnicero. Así se ganaba la vida y así nos mantenía.

El animal yacía sobre su espalda, encima de una plataforma de ladrillos que lo protegía del barro. Mi padre quemaba su piel con una herramienta de madera parecida a un soplete. Seccionó la enorme barriga del animal y metió la mano en la cavidad abdominal. Con cuidado de no perforar los órganos, extrajo las entrañas. Los intestinos llenos de bultos brillaron. Luego, levantó un hacha y dividió al animal en dos mitades a lo largo de la columna vertebral. En ese momento, lo que tenía frente a mí dejó de parecer un animal, un ser vivo, y comenzó a tener el aspecto de un producto. Finalmente, mi padre cortó el animal muerto en trozos de músculo de color rojo intenso.

La escena fue demasiado para mi hermana, Zsuzsanna, tres años mayor que yo. Zsóka, como yo la llamo, no era aprensiva. Después de todo, estábamos en la Hungría de posguerra. La aprensión era un lujo que nadie podía permitirse, y mucho menos una familia trabajadora como la nuestra, que a duras penas llegaba a final de mes. Pero parece que lo que a mí me fascinó en ese momento no tuvo el mismo efecto en mi hermana.

Aún hoy me sigue fascinando.

Mis padres sonreían al recordar mi aspecto en aquel momento: los ojos muy abiertos, absorbiendo la compleja topografía in-

terior de un animal. Todas esas partes distintas que durante tanto tiempo funcionaron juntas para mantener viva a aquella criatura. Al fin, todo el misterio y la maravilla que parecían contener se revelaban a la vista.

Creo que en ese momento empezó todo.

Aunque no puedo recordar ese día en que contemplé trabajar a mi padre, puedo evocar con exactitud aquel mundo, el paisaje de mi niñez.

Kisújszállás: en el centro de Hungría, en la región de la Gran Llanura del norte. Suelos arcillosos. Praderas extensas. Una ciudad agrícola de tamaño mediano, de unos diez mil habitantes. No estábamos tan aislados como otros pueblos; había una parada de la línea de ferrocarril, entre otras cosas. Además, una carretera principal que llevaba a Budapest, la Ruta 4, atravesaba la ciudad. Algunas calles estaban pavimentadas, aunque el camino donde vivía mi familia era de tierra compactada.

Nuestro hogar era pequeño y modesto. Se construyó, literalmente, con el suelo que lo rodeaba: arcilla y paja, prensadas en muros de adobe encalados y cubiertos luego con un grueso techo de juncos. Los juncos, según recuerdo, se fueron deshaciendo bajo el sol. Parecían una peluca gris y despeinada.

Vivíamos en una sola habitación, aunque la casa tenía más. Pero durante la mayor parte del año las otras estancias eran tan frías que solo servían como almacén. Hacíamos vida donde la temperatura era más agradable.

En una esquina de la habitación estaba la fuente de calor: una estufa de serrín, que era la forma más barata posible de calentarnos. Era de chapa, de medio metro de diámetro, como un barril metálico corriente, y tenía un cilindro central lleno de serrín. Lo recogíamos en una fábrica de juguetes de madera de la zona, y lo transportábamos a casa con caballos. Luego lo almacenábamos en el granero, en una pila más alta que mi padre. En verano revisábamos aquella pila constantemente para asegurarnos de que no empezara a arder; es sabido que el serrín puede combustionar de forma espontánea.

La estufa calentaba tanto que mi madre la usaba como fogón suplementario. Cuando funcionaba a toda su capacidad, el metal

exterior se ponía al rojo vivo. Hacía mucho tiempo que Zsóka y yo habíamos aprendido a mantenernos a distancia de la chapa para no quemarnos. Pero una de nuestras tareas de todas las mañanas era rellenar el recipiente de serrín. Era un trabajo duro que debía realizarse con cuidado. Al igual que muchas de las cosas que hacíamos, no era una obligación, al menos no en el sentido que la gente le da ahora a la palabra. No era algo que nuestros padres nos pidieran hacer, ni una ayuda que prestáramos a la familia. Simplemente era necesario. Si no, nos hubiéramos helado.

En el centro de la habitación había una gran mesa donde preparábamos las comidas y dábamos cuenta de ellas, a veces en reuniones con toda la familia durante celebraciones bulliciosas. En esta mesa, mi hermana y yo también hacíamos los deberes y leíamos, y ayudábamos a nuestra madre a extender la pasta fresca preparada con harina y huevos.

Cada noche, mi padre se sentaba a la cabecera de la mesa y distribuía las raciones de la cena en nuestros platos. Había servido en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Cocinaba para cientos de soldados en el frente y racionaba los alimentos con precisión. Es como si lo viera ahora mismo: se servía la sopa en su plato. «¡Soldados en primera línea!», exclamaba. Luego tomaba el plato de mi madre. «¡Soldados en la retaguardia!». Luego alcanzaba mi plato y el de mi hermana y nos servía las raciones más pequeñas. «Soldados en tiempos de paz», decía en voz baja.

Entonces se reía y nos servía un poco más a todos. Puede que viviéramos tiempos difíciles, pero él los había conocido peores. Como todos los adultos.

Cerca de la mesa estaban las camas donde dormíamos: la mía, la de Zsóka y la de nuestra madre y nuestro padre. Estaban tan cerca que podíamos tocarnos por la noche.

Fuera estaban el ahumador de mi padre (donde las salchichas colgadas manchaban el suelo con grandes gotas de grasa color naranja, teñidas por el pimentón) y el establo, donde ya crecía un nuevo cerdo. Carne para el año próximo. En el patio, las gallinas picoteaban la tierra y teníamos varios huertos. En el huerto principal cultivábamos alimentos para nuestra familia: zanahorias, judías, patatas y guisantes. La cena se hacía con lo que cosechábamos (sazonado, al igual que las salchichas, con pimentón, siempre

mucho pimentón). Zsóka y yo también teníamos nuestro propio huerto. Cada primavera dejábamos caer semillas en la tierra. Nuestros dedos todavía eran torpes, pero trabajábamos con delicadeza. Cubríamos suavemente las semillas con tierra y, semanas después, veíamos los brotes abrirse camino en busca del aire y estirarse hacia el sol. También cultivábamos fruta. Teníamos manzanos, membrilleros y cerezos, además de una parra y pérgolas.

Y también había flores: jacintos azules, narcisos blancos y violetas, y grandes rosales. Juntos, hacían que esta humilde finca pareciera un pequeño Edén.

En un futuro, decenios más tarde y al otro lado del océano, me estableceré en un hogar situado en una calle ancha de las afueras, en una tierra llamada Filadelfia de la que aún no he oído hablar. Allí buscaré flores que plantar, y solo cuando luche por encontrar narcisos blancos entenderé lo que estoy haciendo: no busco cualquier flor, sino estas, las flores que conocí cuando era niña, las que mi madre plantaba y cuidaba.

En las afueras de la ciudad estaban los campos de maíz. Nosotros mismos lo plantábamos, usando azadas para ablandar el suelo y quitar las malas hierbas. Extraíamos las plantas más débiles y malformadas para ayudar a que crecieran las más fuertes, desmalezábamos, fertilizábamos el suelo con estiércol de vaca y luego cosechábamos los cultivos. Dábamos los granos a los animales y aprovechábamos las mazorcas para alimentar la cocina de leña.

Todo era así: nada se desperdiciaba. Hacíamos caer las nueces de los árboles, nos las comíamos y usábamos las cáscaras como combustible.

Pasarían años hasta que el plástico se convirtiera en parte de mi vida, años antes de que llegara a entender el concepto de basura: que algunas cosas son tan inútiles que solo sirven para tirarlas.

No teníamos vaca, pero nuestro vecino sí. Cada mañana mi hermana o yo corríamos hacia su casa con una jarra vacía. La llenábamos con leche de la ubre, aún tibia, y la servíamos para el desayuno. Con las sobras hacíamos kéfir. Después de enjuagar la leche de los vasos, vertíamos el agua turbia en una olla para el cerdo, que lo devoraba todo con avidez.

Mientras nos preparábamos apresuradamente para la jornada (el aire interior era tan frío que a veces se veía nuestro aliento), escuchábamos una radio pequeña. Cada mañana, un locutor decía cuál era el santo del día. Todos los días del año, un nombre diferente, una persona diferente en nuestras vidas a quien había que felicitar: el 19 de febrero, Zsuzsanna; el 19 de noviembre, Erzsébet. «Buenos días —decía la voz en la radio—. Hoy es 2 de octubre, Santa Petra. El nombre proviene de una palabra griega que significa piedra o roca...» Luego, cuando llegábamos a la escuela, sabíamos de quién era el santo y le deseábamos un feliz día. Era un buen sistema. ¿Cuántos de nosotros sabemos realmente cuándo es el cumpleaños de las personas de nuestras vidas? Pero, si sabes sus nombres, sabes cuándo es su santo y puedes felicitarlas.

Durante la primera década de mi vida usábamos un retrete exterior. Por la noche, sobre todo en invierno, orinábamos en el orinal. Casi todas las personas que yo conocía, al menos en aquellos primeros años, hacían lo mismo. En nuestra casa no había agua corriente. Como todas las familias de la calle donde vivíamos, teníamos un pozo en el patio. A veces, me inclinaba sobre el borde y miraba hacia la oscuridad del fondo, sintiendo el aire fresco y húmedo en la piel. En verano, el pozo se convertía en nuestra nevera. Bajábamos la comida hasta el borde del agua para evitar que se estropeará. En los meses de invierno, toda la casa era nuestra nevera: en los más fríos, podíamos guardar los huevos debajo de las camas para evitar que se congelaran.

El agua del pozo la usábamos para los animales o para regar las plantas. Era demasiado dura para bañarse o lavarse, y además no era potable. Así que mi padre caminaba todos los días hasta una fuente de agua cercana y regresaba a casa con dos cubos repletos que equilibraba cuidadosamente sobre una vara de madera. Zsóka y yo le seguíamos, cargando con recipientes más pequeños. Una vez a la semana, calentábamos esta agua, la vertíamos en una bañera poco profunda y nos bañábamos.

En la fuente comunitaria, los vecinos chismorreaban, comentaban las noticias del día, compartían alegrías y frustraciones cotidianas. Era mi punto de encuentro, la primera sala de chat. En ocasiones, un hombre pasaba por nuestra calle cabalgando en un

caballo grande. Golpeaba un tambor ruidosamente, llamándonos a todos para escuchar los anuncios de las autoridades. Esta era otra fuente de noticias más oficial, lo que algunas comunidades llamaban un voceador o pregonero.

«¡El próximo martes —podía gritar el hombre— habrá una campaña de vacunación para pollos! ¡Mantengan a sus pollos dentro de casa durante ese día para que todos puedan recibir su vacuna!»

Tomábamos nota de la información y luego hablábamos de esas noticias en la fuente cuando íbamos. Todos repetían el anuncio, por si alguien se había perdido la visita del hombre: «¿Te enteraste de las noticias? Vacunas para pollos. Sí, el próximo martes. Guarda tus pollos dentro de la casa».

Y, efectivamente, cuando llegaba el martes, estudiantes de la Escuela de Veterinaria entraban en nuestro patio. Zsóka y yo atrapábamos a nuestros pollos en el corral y los entregábamos, uno a uno, al hombre que los vacunaría; supongo que esa fue mi primera campaña de vacunación.

Las lecciones de ciencias me rodeaban por todas partes.

Escalaba los árboles y observaba de cerca los nidos de los pájaros. Veía cómo los huevos se convertían en polluelos desnudos, que suplicaban comida con la boca abierta. Los polluelos desarrollaban plumas y músculos, dejaban el nido y comenzaban a picotear el suelo. Veía volar a las cigüeñas y a las golondrinas, que desaparecían cuando llegaba el frío. En primavera regresaban y comenzaba el ciclo de nuevo.

En el ahumadero, mi hermana y yo recogíamos gotas de grasa con una cuchara. La dejábamos caer en una olla; cuando llegaba el verano, mi madre llamaba a una mujer para ayudarnos. Era una anciana que atesoraba conocimientos transmitidos de generación en generación. Bajo sus indicaciones, derretíamos la grasa, luego la mezclábamos con carbonato de sodio, en una proporción precisa que solo ella parecía entender. Luego vertíamos la mezcla en cajas de madera forradas con un paño de cocina y esperábamos a que se endureciera y se convirtiera en jabón, que cortábamos con un alambre. Usábamos barras de jabón para bañarnos y rallábamos algunas en escamas para lavar la ropa.

Cuando lo recuerdo, me doy cuenta de que esta mujer local que preparaba jabón fue la primera bioquímica que conocí.

Otra lección: un verano, una plaga de *Leptinotarsa decemlineata*, o escarabajo de la patata, había infestado nuestros cultivos de este tubérculo. Los insectos ponían huevos y las larvas se extendían por todo el jardín, se comían los tallos y convertían las hojas enteras en encaje. Si no hacíamos nada, destruirían la cosecha. Mis padres me encargaron combatir al escarabajo. Yo escudriñaba las plantas, arrancaba los insectos de la planta uno por uno y los dejaba caer en una olla. Cada bicho medía algo más de un centímetro de largo, tenía una cabeza moteada y rayas llamativas en blanco y negro en la parte trasera. Los insectos no me molestaban especialmente, pero, cuando me dejaba alguno, ponía montones de huevos, de los que salían retorciéndose unas larvas rosadas y pegajosas muy desagradables. Esas también las arrancaba.

El trabajo era tedioso, y a veces, repugnante. Pero aprendí muy pronto no solo sobre entomología, sino también de ecología. Porque en este caso tampoco se desperdiciaba nada: la plaga alimentaba a las gallinas, que estaban encantadas con la recompensa. Los escarabajos de las patatas alimentaban a las gallinas, que a su vez nos alimentaban a nosotros: una lección sobre la cadena alimentaria que se convertía, literalmente, en parte de mí.

El trabajo nunca se acababa. Mi hermana y yo llevábamos agua a las gallinas y recogíamos los huevos. En las raras ocasiones en que nuestra familia decidía cocinar una de aquellas preciadas gallinas, perseguíamos al ave con una escoba y la agarrábamos. Lavábamos los platos y la ropa a mano. Dos veces por semana, mi abuela, que vivía a media hora a pie de nuestra casa, cortaba ramos de flores de su jardín: *labdarózsa* (sauquillo), *török szegfű* (clavel del poeta), *rózsa* (rosas), *dália* (dalias), *szalmavirág* (siemprevivas), *tulipán* (tulipanes), *kardvirág* (gladiolos) y *bazsarózsa* (peonías); después de que la ayudáramos a recogerlas y prepararlas, las llevaba al mercado para venderlas.

Incluso si mi abuela no me hubiera dicho los nombres de estas flores, los habría aprendido de memoria. En quinto curso, recibí un libro sobre la flora de Hungría con hermosas ilustraciones en acuarela de Vera Csapody, una botánica y artista húngara. Me

obsesioné con este libro; pasaba las páginas durante horas, memorizando los colores vivos de los pétalos, las raíces alargadas que emergían de bulbos rechonchos y las precisas variegaciones y estrías de las hojas.

En nuestra única habitación había algo de electricidad; esto nos permitía tener un par de luces eléctricas, un tocadiscos y una radio. A mis padres les encantaba la música y mi madre a menudo ponía un disco mientras preparaba la cena u horneaba. Ella podía hornear cualquier cosa; sus pasteles eran exquisitos: esponjosos, deliciosos y decorados impecablemente. Uno de mis favoritos era el *lúdláb*, la tarta de pata de ganso, un pastel esponjoso con relleno de crema y pasas, cubierto con glaseado de chocolate.

Zsóka era mejor que yo en la cocina. Con diez años, horneaba pasteles enteros ella sola. Además de que yo era más torpe, me interesaba menos la cocina. Muy pronto asumimos nuestros respectivos roles: yo encendía el fuego, ella cocinaba y yo lavaba los platos.

A mi padre también le encantaba la música. Le gustaba Imre Bojtor, un tenor de ópera, y la *magyar nóta*, un tipo de canción tradicional húngara. Tenía una voz estupenda y estaba muy dotado para la melodía; cantaba muy bien y tocaba el violín y el címbalo. Siempre estaba entonando una melodía u otra.

En muchas ocasiones intentó transmitirnos su don para la música, pero ni mi hermana ni yo teníamos oído musical; éramos incapaces de seguir una melodía, y nuestros dedos eran torpes en las cuerdas del violín. Aun así, disfrutábamos escuchando música. Como a todos los que conocemos, nos encantaba una banda llamada Metro, liderada por el cantante Zorán Sztevanovity, que era un poco como un Roy Orbison húngaro. Pero ¿hacer música? No se nos daba bien. En algún momento, nuestro padre se rindió y continuó haciendo música sin nosotras.

También tenía otras habilidades. Podía multiplicar mentalmente números de dos dígitos y decir el resultado exacto de inmediato. Mi hermana y yo le pusimos a prueba durante nuestra infancia y casi nunca cometió un error. Esto también fue una lección para mí, una que iba mucho más allá de las matemáticas: la inteligencia y la educación no son lo mismo. Una persona puede

carecer de prestigio o de un diploma y, sin embargo, tener una mente rápida.

Durante gran parte de mi vida, di por sentado que todo el mundo sabía esto, que era algo tan obvio que era innecesario aprenderlo. Solo más tarde, cuando comencé a trabajar en el ámbito académico, llegué a entender que esto no era así en absoluto.

Cuando tenía nueve años, mis padres compraron una casa de barro cocido centenaria y en ruinas. Estaba demasiado deteriorada para habitarla, pero podía desmontarse, tabla por tabla, y guardar sus partes para usarlas en una nueva casa.

Durante un verano, mi hermana, mi padre y yo hicimos exactamente eso. Reunimos todos los clavos que sujetaban las tejas al techo. Estos clavos antiguos estaban hechos de bronce y eran mucho más resistentes que cualquiera de los clavos de aluminio barato que se vendían en la tienda. Mi hermana y yo martilleábamos cada uno de ellos para enderezarlos y reutilizarlos. También retiramos las antiguas tejas de pizarra del techo, las limpiamos y las colocamos en pilas ordenadas para usarlas más adelante. Lijamos las tablas viejas y luego las volvimos a colocar. En un gran hoyo, mezclamos arcilla con paja y agua; así preparamos el barro que mi padre usaría para cubrir y alisar las paredes. Como yo era la más pequeña, trepaba al techo y me metía en los lugares más difíciles de alcanzar. Clavaba las tablas del techo y las cubría con barro que iba alisando, tal como mi padre me había enseñado.

Cuando al fin nos mudamos a esta casa, a la edad de diez años, no había un solo rincón que no conociera de memoria.

Pero ¿todo eso era trabajo? ¿O era simplemente la vida?

La verdad es que los niños jugábamos durante horas: en nuestra calle de tierra compactada había muchos otros de nuestra edad. En verano, jugábamos a la tienda. Como yo era la más pequeña, hacía de clienta, y mi hermana y las otras niñas de su edad eran las vendedoras. O jugábamos a la escuela: ellas eran las maestras y yo su alumna. Hacía los deberes que encargaban con cuidado meticuloso, como si fuera una escuela real.

En invierno jugábamos en la nieve y en verano, cuando caían fuertes lluvias, chapoteábamos en las zanjas llenas de agua de nuestra calle.

Pero ni yo ni, probablemente, todos los niños que conocía podríamos decirte dónde terminaba el trabajo y comenzaba el juego, dónde se separaban la responsabilidad y el placer. Los límites entre estas cosas eran borrosos, indistintos. Trabajábamos y disfrutábamos. Aportábamos y recibíamos.

Y, de todas las lecciones tempranas que me prepararon para ser la científica que soy hoy, creo que esa es la más importante de todas: el trabajo y el juego pueden mezclarse, convertirse en uno y en lo mismo, hasta que la idea de verlos como algo distinto resulta absurda.

Imagínate una tienda, una pequeña carnicería en un pintoresco centro urbano del este de Europa. Una mañana de invierno. Los niños están reunidos afuera, con la cara pegada al vidrio del escaparate. ¿Qué están mirando?

Acércate a ellos, caminando por los adoquines, y compruébalo por ti mismo. Dentro de la tienda, alguien ha creado un paisaje nevado: una escena de invierno, no muy diferente de una casita de jengibre. Pero, en lugar de estar hecha de bizcochos y dulces, esta exposición está hecha completamente de carne. Hay un techo cubierto de nieve, hecho de manteca blanca. Una cerca hecha de salchichas. Carámbanos formados con el goteo lento de grasa de vaca.

Mi padre, el carnicero, ha creado esta escena junto con el propietario de la tienda.

Nunca vi esta imagen, aunque de niña me encantaba imaginarla. Mi padre me la describió, explicando cómo los niños venían de todas partes de Kisújszállás para contemplarla. Podía imaginar toda la escena, como si mi propia nariz estuviera pegada a la ventana, mi propio aliento formando círculos translúcidos en el vidrio.

Para cuando yo llegué, la tienda ya no hacía este tipo de exposiciones.

Mi padre comenzó su aprendizaje como carnicero a los doce años. Había ido a la escuela un tiempo, pero en 1932, después de terminar su educación obligatoria de sexto grado, empezó su formación de carnicero cortando carne con un maestro local. Más tarde, dejó su hogar y se marchó a Budapest para aprender más del

oficio. «Si sabes cómo ofrecer la carne a la gente, nunca pasarás hambre», le había dicho su madre.

Este razonamiento no era ni exageración ni un desvarío. Fue una secuela de la Primera Guerra Mundial, cuando el hambre asoló el continente europeo. Hungría, en el bando perdedor de la guerra, había sido devastada en todos los sentidos posibles. Cuando mi padre era un niño, el hambre le pisaba los talones, al igual que les ocurría a todos.

Mi padre: János Karikó. Ese era el nombre por el que siempre le conocí, aunque había nacido con otro completamente diferente. Karikó era el apellido de soltera de su madre. Ella se casó con un hombre llamado László Balogh, quien, como muchos húngaros, luchó en la Primera Guerra Mundial. Dejó Kisújszállás en 1917 para no volver más. Poco después de su partida, mi abuela comenzó a trabajar para una familia adinerada. Esta familia tenía hijos jóvenes, entre ellos uno de la misma edad que ella.

Entonces, en 1920, nació mi padre.

Lo repetiré: su esposo se fue a la guerra en 1917 y su bebé nació en 1920. Puedes hacer el cálculo.

Los suegros legales de mi abuela, la familia Balogh, no querían saber nada de este hijo que suscitaba vergüenza, nacido fuera del matrimonio. Según ellos, ni la madre ni el niño merecían llevar el apellido Balogh.

Del mismo modo, la familia biológica de mi padre (la que había empleado a mi abuela) tampoco quería saber nada de ellos. Así que, diez años después del nacimiento de mi padre, mi abuela cambió el nombre de mi padre a Karikó.

No importaba que ya estuviera inscrito en la escuela, que sus amigos y profesores lo conocieran como Balogh, o que este fuera el nombre por el que él mismo se reconocía. Se llamaría Karikó.

Fue una lección que mi padre aprendió muy pronto: las cosas pueden cambiar repentinamente. Es importante mantenerte despierto.

En Budapest, siendo un adolescente, mi padre aprendió bien su oficio. Regresó satisfecho a casa a los dieciocho años y comenzó a trabajar en lo que parecía ser una carnicería ideal, justo en el centro de Kisújszállás.

A mi padre le encantaba esa tienda. El propietario solo quería lo mejor para sus clientes, no solo en cortes de carne, sino en todo. Antes de abrir el negocio, había viajado a Italia para comprar los azulejos pintados a mano más hermosos, con los que decoró las paredes de la tienda. El hombre sabía reconocer la calidad cuando la veía y mi padre hacía un trabajo de calidad.

Juntos, llevaban un negocio sólido. Elegían solo las mejores carnes y cortaban, envolvían y ataban sus productos con cuidado. Trataban bien a los clientes y, a cambio, se ganaban su fidelidad. Así eran las cosas en aquel entonces, insistía mi padre: la gente se enorgullecía de su trabajo. Podía sentir ese orgullo mientras me contaba esas historias. Pero también percibía su nostalgia.

Porque, cuando mi padre me describía todo esto, el mundo ya era muy diferente.

En 1940, poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, mi padre tuvo que alistarse en el Ejército Real Húngaro. Para cuando regresó a Kisújszállás, nada era igual.

En los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Hungría vivió algunos breves experimentos con la democracia. Pero en 1947 el Partido Comunista había asumido el poder. Nacionalizó la producción, la educación, la banca y los sistemas de transporte. Colectivizó la tierra. Se apoderó de casas que consideraba demasiado lujosas, echó a los propietarios y alojó en ellas a varias familias. Los negocios privados se convirtieron en propiedad pública. También confiscaron la carnicería donde trabajaba mi padre, la tienda que tanto amaba.

Todo ese trabajo, todo ese cuidado, desapareció prácticamente de la noche a la mañana.

Durante la mayor parte de los once años posteriores a la guerra, el líder de Hungría fue Mátyás Rákosi, un ferviente estalinista y un totalitario (se declararía con orgullo «el mejor discípulo de Stalin»). Fueron tiempos oscuros. Rákosi llenó las comunidades de policía secreta. Animó a la gente a espiar a sus vecinos, a denunciarlos por crímenes contra el Partido. Promovió arrestos masivos, juicios simulados y ejecuciones de «enemigos» políticos. Se estima que se encarceló a cien mil ciudadanos; aún más fueron enviados a campos de trabajos forzados.

Ah, y otro cambio de esta época. El Partido se apoderó de los animales de granja que quedaban después de la guerra, prohibiendo estrictamente la matanza doméstica de cerdos o ganado. Criar animales en casa o matarlos se convirtió en un crimen que acarrearía severas penas de prisión.

La carne, la vocación de mi padre, ahora era un monopolio estatal.

Mi padre, a quien habían empezado a llamar cariñosamente «Tío János» en el vecindario, comenzó a trabajar en la carnicería de la cooperativa agrícola local. Había muchas cooperativas similares en todo el país. Cada una de ellas centralizaba sus tierras y su trabajo, cultivando y cosechando maíz, trigo o arroz, o criando y sacrificando animales, adoptando la forma de una entidad común. Una parte de la cosecha de la cooperativa se racionaba entre los miembros; otras partes se intercambiaban por manzanas o remolachas azucareras cultivadas por otras cooperativas.

Oficialmente, mi padre ya solo trabajaba para la cooperativa. Pero la verdad era que esta no llegaba a cubrir las necesidades de alimentación de las familias. A menudo había escasez. Fuera cual fuera la forma de gobierno, la gente necesitaba comer.

No solo en Kisújszállás, sino en los hogares de todo el país, la gente seguía criando animales de granja, pero lo hacían a escondidas. Mi padre actuaba clandestinamente. Siguió sacrificando animales para otros, pero durante los años posteriores a la guerra lo hizo en secreto, trabajando solo para familias en las que confiaba, por lo general al amparo de la noche. Esto era peligroso; había que tener cuidado. Nunca se sabía quién podía estar observando.

Para reducir los riesgos, los niños vigilaban la calle mientras el proceso se realizaba. Si alguien se acercaba, corrían a advertir a los adultos para que pudieran ocultar las pruebas.

A menudo, mi padre trabajaba toda la noche. Comenzaba su labor en las horas más oscuras para que, con la primera luz del alba, todo pareciera normal. Luego, cuando concluía la parte ilegal de su día, se dirigía a la cooperativa, donde cumplía con sus deberes oficiales.

Aquí, en la cooperativa, conoció a mi madre.

Mi madre era una mujer práctica y poco sentimental, y por una buena razón.

Una de las primeras historias que conozco sobre mi familia materna ocurrió en 1934: asesinaron a los bisabuelos de mi madre. No puedo contar mucho más. No puedo decir quién lo hizo ni por qué. Todo lo que sé es que las vidas de Károly Szász y su esposa terminaron de forma abrupta y violenta, y que todos aprendimos a vivir sin saberlo.

Doy un salto de una generación. El abuelo materno de mi madre, Ferenc Oros (el yerno de la pareja asesinada), luchó en la Primera Guerra Mundial. En 1916, poco después de partir hacia el frente, su esposa, mi bisabuela Zsuzsánna Szász, recibió una notificación diciendo que le habían asesinado. Devastada por la noticia, se quitó la vida con un arma, dejando cinco hijos de entre ocho y quince años. Uno de ellos era la madre de mi madre, que entonces tenía once años.

La sorpresa de todos fue mayúscula cuando, después de acabar la guerra, Ferenc Oros entró por la puerta, vivo y coleando. Habían notificado su muerte por error.

Avanzo una generación. Mi abuela materna, Zsuzsánna —yo la llamaba «Nagymama»— se casó con mi abuelo y se estableció en una pequeña granja en las afueras de Kisújszállás. Empezaron a cultivar el campo y a criar gansos, y tuvieron tres hijas: mi tía Erzsébet, nacida en 1926; mi madre, Zsuzsánna (sí, este es el nombre de mi madre, de mi abuela, de mi hermana y de mi prima), nacida en 1929, y la pequeña, mi tía Ilona, en 1938. Pero lo que realmente quería mi abuelo, al parecer, eran hijos. Los deseaba tanto que cuando nació Ilona, la tercera hija, preparó el equipaje y se fue. Mi abuela, ahora madre soltera con tres hijas y un montón de gansos, se ganó la vida en la granja como pudo. Envié a sus hijas a la escuela del pueblo, a una hora de caminata, un recorrido brutalmente frío en invierno y a menudo peligroso. Aun así, mi madre asistió a la escuela hasta el octavo curso, lo que era una educación sólida para una niña en sus circunstancias. Más tarde, en 1943, cuando tenía catorce años, consiguió un trabajo en el pueblo, en la farmacia Zöldy. Pero para entonces, apenas una generación después de la Primera Guerra Mundial, había comenzado un nuevo gran conflicto.

En el otoño de 1943, mi abuela vendió sus gansos y se mudó con la familia al pueblo, pensando que sería más seguro vivir allí

durante la guerra. Poco después, los alemanes invadieron Hungría. Luego llegaron tropas rusas para combatir con los alemanes. Como Kisújszállás se encontraba en la ruta entre Rusia y Budapest, se vio bajo una lucha incesante.

Durante lo peor, mi madre (que siguió trabajando en la farmacia durante todo este tiempo) se escondió en un refugio junto con sus hermanas y mi Nagymama, en el sótano de un vecino. Cuando salieron cautelosamente, vieron cómo ardía su nueva casa.

El fuego solo dejó en pie un pequeño edificio independiente de la casa. Era para los animales y estaba sucio. Pero allí se mudaron, arreglándolo lo mejor que pudieron para convertirlo en un hogar. Allí es donde mi abuela viviría el resto de sus días.

Bueno... casi todos. Poco después de que su casa se quemara, los soldados rusos le dijeron que necesitaban una cocinera. Le pidieron que se mudara a una gran casa del pueblo donde se habían instalado, y así cocinaría para los oficiales de alto rango. Digo que «se lo pidieron» y tal vez fuera así, pero en realidad no tenía otra opción. En aquellos días, no le decías que no al Ejército Rojo.

Resultó que los oficiales rusos la trataron bien. Siempre contaba que fueron muy, muy amables con ella, muy respetuosos. Un alivio. La historia, por supuesto, está llena de historias parecidas que tomaron un camino completamente diferente.

Años después, mi madre me describiría un recuerdo de aquella época. Tenía quince años e iba a trabajar a la farmacia, como hacía todos los días. Pasó junto a un tanque ruso roto que habían abandonado en la calle. Junto a él había un soldado muerto. Mi madre lo miró. Vio que tenía su misma edad, tal vez era incluso más joven.

«Un muchacho», diría ella de este soldado muerto en la guerra, representando a un ejército que había causado tanta devastación. «Era solo un muchacho.»

La historia, por supuesto, también la sufren los niños.

Todo esto ya había sucedido cuando mi madre llegó a la cooperativa agrícola donde conoció a mi padre. Ella trabajaba en la oficina llevando los libros, controlando inventarios y calculando excedentes, deudas e intercambios.

Aunque mi madre había dejado de ir a la escuela después del octavo curso, era avispada, con un gran sentido del humor. Era

genial con los detalles, ambiciosa y trabajadora. Leía a menudo y todo tipo de libros. Toda su vida le encantaron especialmente las biografías y los ensayos, y tenía una profunda curiosidad que le permitiría adaptarse a cambios radicales hasta bien entrado el siglo XXI. A los ochenta años, era algo así como una experta en tecnología. Podía programar su aparato de televisión para grabar su canal favorito incluso mientras veía otro programa. No había nada que no pudiera encontrar en internet, y me llamaba a diario para informarme de todas las noticias del día mientras yo trabajaba en el laboratorio.

Mi padre se dio cuenta de lo inteligente y lo hermosa que era. Se enamoró de ella al momento, hasta los huesos. En un gesto romántico típico de su gran energía, cortó un enorme arbusto de lila de la parte trasera del hogar familiar y lo llevó a la casa de mi madre. Dejó la planta en la puerta, bloqueando la entrada para que mi abuela, mi madre y sus hermanas no pudieran salir, algo de lo que mis padres se reírían una y otra vez.

Se casaron solo unos meses después de conocerse; los noviazgos eran más cortos en aquel tiempo. Recuerdo a mi padre bromeando: decía que el día de su boda todos en la iglesia comentaban lo guapo que era el novio. Pero, cuando miro la foto de ese día, me sorprende lo encantadora que era mi madre; en sus rasgos veo suavidad y fortaleza a la vez. Necesitaría esa energía para afrontar todas las dificultades que aún estaban por llegar.

Mi padre no seguía ideologías. Era irreverente por naturaleza. Veía el lado humorístico siempre que podía y hacía reír a la gente, sin importar lo que estuviera sucediendo en el resto del mundo.

En la Hungría de posguerra, las estatuas de líderes comunistas estaban por todas partes. En la carnicería de la cooperativa, por ejemplo, había una de Rákosi. El hombre era calvo (de hecho, la gente le llamaba «el carnicero calvo», aunque refiriéndose a un tipo de carnicero distinto del que era mi padre). Dada la famosa calvicie del hombre y el hecho de que la carnicería de la cooperativa siempre estaba fría, mi padre hizo un sombrero con un pañuelo, del tipo que uno podría hacer para un niño, y lo colocó sobre la cabeza de la estatua. Cuando la gente entraba y preguntaba por qué la estatua llevaba tal cosa, mi padre bromeaba: «Hace frío en

la carnicería. Tiene que estar abrigado». La gente se reía; si había alguna tensión, ya se había disipado.

Pero sospecho que debajo de aquella broma latía una preocupación real. Bajo el régimen comunista, la economía se estaba debilitando. El nivel de vida había caído vertiginosamente. Hubo que racionar alimentos básicos como la harina, el azúcar, el pan y la carne. Había escasez con demasiada frecuencia. Los estómagos vacíos no eran una rareza.

Mi padre también estaba molesto porque, cuando los comunistas tomaron el control, todo comenzó a parecer funcional, utilitario y barato. No le gustaba que el Partido hubiera privado de sus pertenencias a los ciudadanos corrientes. Aunque él mismo no tenía nada que valiera la pena quitarle, sabía distinguir entre lo que valía la pena y lo que no. A veces, caminando con nosotras por la ciudad, se detenía a contemplar una casa hermosa, una que había levantado un maestro constructor. La miraba fijamente y nos explicaba los detalles de su construcción: las diferencias de las vigas, los clavos, las juntas y las viguetas que se habían utilizado.» «En cuatrocientos años —nos decía— esta casa seguirá en pie.» Luego sacudía la cabeza. «Y se la quitaron sin más. Echaron al hombre que la construyó a mano y permitieron que unos extraños se instalaran en ella.»

Mi padre también odiaba las reuniones en la cooperativa: le parecían una pérdida de tiempo. En una reunión, podían pedirle que cantara (a veces literalmente) elogios a cierto líder. Luego, en otra reunión futura, llamarían desgraciado a ese mismo líder.

Era demasiado difícil estar enterado de quién estaba fuera o dentro, de quién era bueno o malo. «Ni siquiera conocemos a esas personas», decía él. Aquí, en Kisújszállás, la gente se ganaba la vida con las manos. Tenían bocas que alimentar. Tal vez el mundo estuviera librando una batalla ideológica, pero la atención de mi padre siguió centrada en lo cotidiano. Y él sabía lo que era importante.

Sacudía la cabeza. «Vámonos a casa —les decía a sus vecinos—. Nuestras familias están esperando.»

En octubre de 1956, un año después de mi nacimiento, sucedió algo histórico en Budapest. Se inició con un pequeño grupo de

manifestantes, muchos de ellos estudiantes, marchando hacia el edificio del Parlamento para oponerse abiertamente al Partido Comunista. Después de años de dictadura y estancamiento económico, aquellas personas pedían reformas. Llevaban una lista de demandas, entre ellas la retirada del Ejército Rojo de Hungría, el retorno a una democracia multipartidista, una prensa libre y abierta, y la reorganización total de la economía del país.

Los manifestantes tenían motivos para albergar esperanza. Stalin había muerto hacía unos años. Rákosi, su «mejor discípulo», había sido degradado y acabó huyendo a la Unión Soviética. Se habían clausurado los campos de trabajo húngaros, se había liberado a los presos políticos y se había arrestado al jefe de la policía secreta. Aparentemente, el nuevo Gobierno de Hungría hacía intentos sinceros por mejorar los niveles de vida. Mientras tanto, Polonia, otro país del Bloque del Este, había elegido un Gobierno reformista y había organizado con éxito la retirada de las tropas soviéticas.

Las cosas parecían mejorar.

Se pueden ver algunos vídeos en internet de los manifestantes húngaros: eran jóvenes sonrientes seguros de sí mismos. Su optimismo parecía contagioso; poco tiempo después, aquella aglomeración se había convertido en cientos de miles. Ningún otro país de la esfera de influencia soviética había desafiado a Moscú de aquella manera.

Los tanques soviéticos avanzaron. Al principio fueron escaramuzas, pero luego la violencia se generalizó. El Ejército Rojo abrió fuego contra los manifestantes y asesinaron e hirieron a miles de ellos. A raíz de la sublevación de 1956, arrestaron a decenas de miles de húngaros y condenaron y encarcelaron a 22 000. Ejecutaron a cientos y otros cientos de miles huyeron del país. A otros los ejecutaron en la frontera mientras intentaban escapar. Al menos a 170 000 se los acogió en campos de refugiados, principalmente en Austria, pero al final en países de todo el mundo.

La rebelión fue aplastada. Pasarían decenios antes de que la gente pudiera hablar abiertamente de lo que había ocurrido.

De alguna manera, lo que estaba sucediendo en Budapest parecía estar a un millón de kilómetros de distancia de Kisújszállás. Pero mi padre había pasado por muchas dificultades parecidas.

Sabía lo abruptamente que podían cambiar las cosas, cómo podía estallar la violencia, sin previo aviso, incluso en las comunidades tranquilas. Así que organizó una guardia local: un grupo de vecinos que patrullarían la comunidad, de manera no violenta, sirviendo como una presencia visible para los alborotadores que pudieran aprovechar cualquier disturbio. Su mensaje: «No permitas que la violencia llegue aquí». La guardia también sirvió como sistema de alerta temprana para los miembros de la comunidad en caso de que el problema llegara a nuestro pueblo.

Él no llevaba armas. No hacía suposiciones sobre cómo podría desarrollarse el conflicto potencial o quién podría instigarlo. No hacía discursos ni demandas. No tenía la intención de derrocar a nadie. Sin embargo, tampoco intentaba preservar el poder de nadie. Solo quería ayudar a mantener segura a su comunidad. Pero, durante esos días difíciles, estar en las calles era equivalente a instigar la rebelión.

Arrestaron a mi padre y le acusaron de incitar a la gente contra el Partido. Le condenaron a siete meses de prisión suspendida. Y en febrero de 1957, justo un par de meses después de que el Ejército Rojo aplastara a los revolucionarios, mi padre recibió una carta:

Cooperativa Agrícola de Kisújszállás

Kisújszállás, 9 de febrero de 1957

Kisújszállás, teléfono 49

Asunto: baja de su empleo

Número de caso: 17/1957

Karikó János

Kisújszállás

Según el artículo 29, párrafo «c» del Código Laboral Húngaro, causará baja en su puesto de trabajo a partir del 11 de febrero de 1957. Razón: El Consejo de Administración de la Cooperativa Agrícola de Kisújszállás, en su reunión del 8 de febrero de 1957, ha tomado esta decisión porque la Cooperativa, como tal, en el proceso de construcción del socialismo, también tiene encomendados trabajos organizativos y educativos. Todos los empleados deben participar en este trabajo.

Dado que el destinatario ha demostrado no ser apto para cumplir con estas tareas, llegando a incitar contra nuestro sistema, me he visto obligado a tomar esta decisión.

Elek Vigh  
Director y presidente

Mi padre no solo había perdido su trabajo. Si el Partido te echaba, nadie podía contratarte. Mi padre no podía aspirar a ningún trabajo oficial. El Partido le estaba imponiendo un castigo ejemplar, vilipendiándolo por lo que consideraban desobediencia. Mi padre suplicó a los líderes de la cooperativa que reconsideraran la decisión, implorando por sus dos hijas pequeñas, a las que tenía que alimentar. Eso no les conmovió.

Mi padre, que ahora era un paria político, se convirtió en jornalero. Durante el invierno, le seguían llamando de algunas casas para procesar sus cerdos, hacer salchichas y ahumar la carne para conservarla. Durante el verano, trabajaba en los campos y se dedicaba a la construcción. Colaboró levantando una nueva escuela en la ciudad, colocando ladrillos y cubriendo las paredes y el techo con barro, algo que hacía muy bien. En primavera, también salía de casa para esquilas ovejas, viajando durante varias semanas. Todos eran trabajos temporales, sin mucha estabilidad. Pero el hecho de que la gente en Kisújszállás continuara contratándolo, incluso después de que el Partido le castigara, es lo que me permite saber con certeza que era apreciado por nuestra comunidad. Y fue durante estos años cuando la sensatez del consejo de su madre en 1932 —si se convertía en carnicero, nunca pasaría hambre— se hizo realidad. No pasamos hambre.

Los años transcurrieron. Para cuando mi padre consiguió otro trabajo, en un bar, estábamos en 1961. A menudo le acompañábamos cuando iba a trabajar. A veces, si estaba terminando de procesar carne, mi madre incluso abría el bar. Allí, Zsóka y yo ayudábamos a limpiar las mesas, a reponer las existencias de cigarrillos y a reciclar botellas vacías. Mi hermana y yo transferíamos vino de grandes contenedores a botellas de un litro con un tubo. A veces probábamos el vino para ver si se había convertido

en vinagre. Esto no ocurriría hoy en día, ¡pero juro que en aquel entonces era completamente normal que un niño de nueve años probara el vino!

Sí, hubo dificultades en esos años. Pero no hubo dificultades todo el tiempo, ni siquiera la mayor parte del tiempo. Incluso durante los años más difíciles y de mayor escasez, nunca me faltó de nada.

Mi santo, Katalin, es el 25 de noviembre. El aire siempre era fresco ese día. Incluso hoy, en Estados Unidos, cuando siento que la temperatura comienza a bajar, recuerdo la emoción que me invadía al darme cuenta de que el día de mi santo se acercaba.

Una semana antes del santo de cualquier miembro de la familia, nos dirigíamos al ahumadero. Juntos, preparábamos suficientes salchichas para todos, con solo unos pocos ingredientes: ajo, sal, pimienta y pimentón rojo. Picábamos la carne de cerdo, soplábamos aire en el intestino que serviría como envoltura de la salchicha, lo rellenábamos con carne y, por último, lo retorciábamos una y otra vez para formar cada una de las salchichas. Luego las ahumábamos y las dejábamos reposar hasta el día de la celebración.

El día del gran evento, se apiñaban hasta veinte miembros de la familia en nuestra única habitación: mi abuela, mis tías, mis tíos y mis primos. Mientras mi madre terminaba de cocinar, alguien servía a los adultos unas bebidas con alcohol, por lo general, *pálinka*, un aguardiente de frutas tradicional que se tomaba habitualmente en el campo húngaro.

Hacía mucho que habíamos aprendido que existían conversaciones públicas y conversaciones privadas; en el mundo exterior, nunca se sabía muy bien quién estaba escuchando o qué podría hacer esa persona. Pero aquí, con la familia, la gente hablaba más libremente sobre cualquier cosa y, sobre todo, siempre con grandes risas. En medio del parloteo, mi madre servía las salchichas.

Servíamos abundantes raciones de carne de una olla grande y pasábamos un plato de rábano picante rallado de nuestro huerto. El aire se arremolinaba en torno a nuestra mesa, fragante y sabroso. Mientras comíamos, el jugo rico y sustancioso de la carne salpicaba

por todas partes. Después de la comida, mi madre ofrecía todo tipo de pasteles y comíamos un poco más. Mi padre sacaba su violín de la parte superior del armario. A veces se lo pasaba a otros miembros de la familia que también sabían tocar. Cantaban.

Yo observaba a aquellas personas que habían sobrevivido a tantas cosas. Escuchaba sus historias —guerras, hambre y listas negras— y pensaba, con cierto asombro: tengo padres, tengo un techo sobre mi cabeza, zapatos en mis pies y comida en la mesa.

Después del postre, los niños nos levantábamos de la mesa y salíamos a perseguirnos por el patio. Nuestras barrigas estaban llenas, el aire era fresco. Inhalábamos el olor de las hojas y la tierra, sentíamos el viento frío en la cara. Oíamos la música que salía del interior de la casa. En momentos como ese, no había nada más que una persona pudiera necesitar o desear.

Rememoro la vida que conocí y me inunda la gratitud. Soy feliz de haber nacido donde nací. Soy feliz de que esa haya sido mi vida. Supongo que mis padres a veces anhelaban algo diferente, algo más fácil. Pero yo tuve todo lo que necesitaba. E incluso más.

Cuando comencé a ir a la escuela, me conocían como *Kish Karikó*, «la pequeña Karikó». No importaba que fuera una niña alta, siempre más alta que mis compañeros, incluso más que muchos niños de varios cursos por delante del mío. En la escuela, era la hermana pequeña de Zsóka, siguiendo sus pasos, a veces literalmente.

Todos conocían y querían a Zsóka y me trataban bien. Desde el principio, estaba claro que la escuela, este lugar de aprendizaje, también era mi lugar.

En Kisújszállás, había una escuela de música de élite, además de otra corriente. Mis padres tenían la esperanza de que pudiera asistir a la exclusiva. Pero para que te admitieran, incluso en los cursos de primaria, debías contar con algún talento musical demostrable, como cantar o tocar un instrumento. A pesar de todos los esfuerzos de nuestro padre, ni Zsóka ni yo teníamos esos talentos, así que nuestro destino era la escuela corriente. (Estoy bastante segura de que me presentaron y suspendí mi primer examen de ingreso.) Sin embargo, desde el principio me encantó la escuela y todo lo que tenía que ver con ella.

Fui casi bailando a clase ese primer día, trotando detrás de Zsóka y sus amigos hacia el edificio de dos estancias en el centro del pueblo. La escuela, como mi casa, tenía paredes encaladas que habían hecho los padres de los alumnos (se podría decir que había sido un esfuerzo conjunto). Me encantaba ese edificio y todo lo que había dentro de él: los bancos de madera dura y los tinteros donde mojábamos las plumas (ponía todo mi empeño en no manchar la página y, si lo hacía, volvía a comenzar mi trabajo). Me encantaban los carteles y los mapas pegados en la pared. Me encantaban los abrigos azul oscuro que llevábamos sobre nuestra ropa de calle durante la jornada escolar, que, aunque no eran exactamente uniformes, tampoco eran tan distintos de ellos. Estos abrigos eran como una señal para el mundo y para nosotros: aprender era un asunto serio.

En la cabecera del aula había una pizarra y, al fondo, una estufa de carbón gigante para mantenernos calientes en invierno. En la parte trasera del patio había letrinas. Ni siquiera aquí, en la escuela, había agua corriente.

Allá afuera, en el ancho mundo, se estaba librando una batalla ideológica decisiva: el comunismo frente a Occidente. En todo el Bloque del Este, países como el mío intentaban evidenciar la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. Una manera muy buena de hacerlo era educando a los niños.

Puedo decir que tuve una educación sólida. Muy sólida. Sin embargo, las cosas eran complicadas. Entre 1940 y principios de la década de 1950, la población húngara se había estancado. Casi un millón de personas habían muerto durante la guerra y, en los años siguientes, el crecimiento demográfico se mantuvo estancado. En 1953, en parte como respuesta a esa situación, Hungría prohibió el aborto. También se pusieron en marcha distintas políticas para fomentar la natalidad. A mediados de la década de 1950, la población comenzó a aumentar, incluida la de Kisújszállás.

Sin embargo, aquí, como en otras partes del país, las familias se enfrentaban a múltiples escaseces. Cuando una mujer tenía un bebé en esos años, la celebración pública a menudo se veía empañada por una verdadera preocupación: ¿Cómo hará para alimentar otra boca más? ¿Cómo podrá pagar la ropa, los libros, los

zapatos, todos esos gastos, todas esas cosas que una criatura necesita?

La explosión de la natalidad suponía otra dificultad para la escuela: había demasiados alumnos. No había bastante espacio para todos, así que el día escolar se dividía en dos turnos: mañana y tarde. Aun así, había más de cincuenta niños en mi clase, todos alineados en filas ordenadas, tantos que el Gobierno tuvo que recuperar a maestros jubilados. Eso explica que mi profesora de segundo curso, Margit Nagy, también lo hubiera sido de mi madre y de mi abuela.

Quizás cincuenta niños en un aula parezcan una locura, un puro caos. ¿Quién puede aprender algo en tales condiciones? Pero permanecíamos callados, guardando nuestra energía hasta que pudiéramos salir corriendo al recreo o ya al final del día.

Otra forma de invertir en los niños es implantar un sistema de salud sólido.

En el pueblo teníamos buenos médicos que a menudo hacían visitas domiciliarias en motocicleta. Distribuían antibióticos cuando era necesario, vitaminas... todo lo que una criatura necesitaba para crecer fuerte. Y algunas iniciativas de salud eran aún más decididas.

Estaba en el jardín de infancia cuando las profesoras reunieron a todos los alumnos de nuestra clase y nos hicieron marchar por el pueblo hasta la consulta de un médico. Allí nos colocamos en una larga fila, las niñas con vestidos y los niños con camisas de manga corta. Uno por uno, nos acercamos al equipo médico, que nos ofreció una cucharadita de líquido: una gota de la vacuna Sabin contra la poliomielitis.

La polio, como cualquier madre podría haberte explicado en aquella época, era un virus contagioso y cruel, y los niños sufrían un riesgo especial de contraerlo. Los brotes eran aterradores y la evolución de los casos era impredecible. Los niños podían no mostrar ningún síntoma o los típicos de cualquier otro virus: fiebre, dolor de cabeza, fatiga, molestias intestinales, entre otros. A veces, sin embargo, la polio se movía sigilosamente hacia el sistema nervioso, donde causaba parálisis, dificultades respiratorias e incluso la muerte.